

EL ISLEÑO

PERIÓDICO CIENTÍFICO, INDUSTRIAL COMERCIAL Y LITERARIO.

PUNTOS DE SUSCRICION.

PALMA.—Imprenta de Gelabert.—MADRID.—D. Matías Mascaró.—VIZCA.—D. Joaquín Cirer.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Mallorca, 10 rs. vn. al mes.—En los demás puntos del reino 12 rs. ídem, franco de porte.

CORTES.

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR MARTINEZ DE LA ROSA.

Extracto oficial de la sesión celebrada el día 12 de abril de 1859.

Abierta a las dos y cuarto, se leyó y fué aprobada el acta de la anterior.

Se anunció que el señor marqués de Montevirgen no podía asistir a las sesiones por hallarse enfermo.

Se leyó una comunicación del señor don José Genaro de Villanova, rechazando toda suposición que pudiera hacerse contra su honra en el asunto del expediente relativo a los 130,000 cargos de piedra.

El Sr. GOIGORROTEA (don Francisco): La comisión tiene suma complacencia en confirmar las palabras del señor Villanova. No cree que tuviera participación ninguna en el expediente de que se trata. La comisión se complace en hacer esta declaración.

ORDEN DEL DIA.

Expediente de los 130,000 cargos de piedra.

Leído el dictamen de la comisión proponiendo haber lugar a la acusación contra el señor don Agustín Estéban Collantes, entró en el salón dicho señor, y dijo:

Pido la palabra.

El señor PRESIDENTE: La tiene V. S. para manifestar lo que crea conveniente a su defensa.

El Sr. ESTEBAN COLLANTES: Señores diputados: no vengo a hacer la defensa de mi inocencia; no vengo con ilusiones de obtener un voto favorable, y no es este un cargo anticipado a vuestra conciencia. Pero cuando he visto el dictamen firmado por personas tan respetables, no es extraño que venga a esta discusión con pocas ilusiones sobre el triunfo de mi justa causa.

Hay, sin embargo, una multitud de hechos y de circunstancias que debo referir. No hago la defensa completa de este asunto, porque no está en estado de hacer defensas, y sería sumamente peligroso. Yo no he sido dueño de imponer la marcha de este negocio: tengo, por tanto, los inconvenientes de haber de anticipar juicios, razones que a la larga pudieran perjudicarme. Pero ¿qué me importan los inconvenientes? Aunque se hubieran cometido en este asunto muchas ilegalidades que las muchas que se han cometido, yo hubiera venido a este sitio. A mí se me ha aconsejado de buena fe que no viniera; pero allí donde he visto mi honra en peligro, allí acudido, y allí estaré siempre hasta el éxito completo del negocio. No soy yo, no es el interés político, no es el interés de mi familia, es el interés de la justicia el que me hace venir aquí a decirles que soy inocente, que no he tenido parte en ese delito. Sin embargo, vosotros, que sois representantes del país, tenéis derecho a que yo venga aquí, y aquí me tenéis.

Tened en cuenta que para castigar una ilegalidad se están cometiendo conmigo cien géneros de ilegalidades, y se está faltando a todas las fórmulas jurídicas. Sin embargo, mi honra exige que yo no rebuya el juicio. Yo le he pedido siempre: yo tengo necesidad de exponer la verdad desnuda. Yo no he querido nunca sobre este negocio la duda; he querido el esclarecimiento de la justicia, no el de la pasión, no el curso torcido que se ha dado a este negocio, que hubiera debido esclarecerse allí donde por costumbre y por la ley están acostumbrados a esclarecer los hechos.

En asuntos de esta especie, crea yo que por lo mismo que pueden dejar huellas profundísimas en la sociedad, se hubiera procedido con tal madurez, que nadie hubiera podido dudar. Pero formular una acusación como esta por hipótesis y por argumentos contraproducentes, no creo que es propio de vosotros. Veamos como ha nacido y como se ha desenvuelto este expediente; qué es lo que el Congreso pidió, qué es lo que se ha traído, y cuales son las diligencias

practicadas. Lo referiré sin comentarios.

Un señor diputado pidió que se trajera un expediente. El gobierno contestó que el expediente no podía traerse todavía porque faltaban diligencias que practicar para el esclarecimiento de los hechos. Se practicaron; y vino ese expediente de un sumario; vino un sumario formado contra ley, que se imprimió, y que desde el momento en que está impreso pudiera traer fatales consecuencias a la causa de la justicia.

El gobierno, en virtud de real orden, mandó que el gobernador tomara declaraciones a dos personas, el uno como autor de las certificaciones que decían que el acopio de piedra se había hecho, y el otro como contratista. Y, ¿qué averiguó el gobernador? Averiguó el principio de los criminales. Y, ¿qué se hubiera hecho en cualquier caso común? Proceder judicialmente contra aquellas personas; y de esos trámites legales hubiera venido a resultar la verdad. Pero aquí se para la acción de la justicia: se deja en completa libertad, y que puedan confabularse y hacer nuevas declaraciones sin que nadie los llame, a personas que por sus propias declaraciones estaban complicadas en ese asunto. No solo resulta que contra esas personas nadie ha procedido, sino que la comisión también las abandona. Todo esto prueba que aquí hay otra tendencia en esta causa: que se va a otro objeto, cuando se deja libres y hasta empleadas por el gobierno a esas personas.

Con estas circunstancias viene el expediente; pasa a una comisión; y aquella misma tarde se presenta una proposición de acusación. Sus firmantes estuvieron en su derecho; pero en todo se encuentra cierta consecuencia para ir a un fin determinado. Se presenta el dictamen: no quiero decir nada para censurar a la comisión: los cargos no resultarán de mis palabras; si resultan serán de los hechos. La comisión ha usado conmigo todo género de consideraciones; pero el resultado ha sido, que al presentar su dictamen con las palabras más dulces y las mayores protestas de imparcialidad, se ha estralimitado de sus facultades, y ha hecho en el fondo y en la forma un trabajo que no tengo noticia se haya hecho igual en mi vida, porque no tengo noticia de una acusación mas violenta, envuelta en mas palabras y mas protestas de imparcialidad.

La comisión empieza por faltar al reglamento. Hace referencia de una manera locaficible de dos expedientes mas, solo por el dicho de un delator, sin examen ni prueba de ningún género; la comisión se entromete en las facultades del Senado, interpreta la ley de enjuiciamiento y el Código penal, y hace alusiones malignas (hablo de malignidad no para tachar las personas de los individuos de la comisión ni sus intenciones). Esto demuestra pasión y parcialidad, aun cuando la comisión no la tenga.

¿Para qué ha sido nombrada esta comisión? El artículo 203 del reglamento dice: «Si el Congreso, en votación por boletines, acordare haber lugar a la acusación, las secciones en votación por cédulas nombrarán una comisión de siete individuos, que formulará y sostendrá la acusación ante el Senado.»

Y, ¿qué ha hecho la comisión? La comisión ha formulado la acusación. Todas las consideraciones que la comisión espone van dirigidas a formular la acusación. Y si no, pregunto: la comisión que se nombre, si este dictamen se aprueba, ¿puede variar la fórmula? No, señores.

Viene en seguida un párrafo que empieza de esta manera:

«Una novedad de índole grave y trascendental ha surgido de las diligencias practicadas por la comisión con el objeto de completar su juicio. Don Pedro Julián Pardo, una de las personas a quienes creyó conveniente oír, ha presentado en estos últimos días una declaración escrita y firmada, que aparte de las explicaciones que había ya dado de palabra, contiene la denuncia de la existencia de otros dos expedientes en el ministerio de Fomento procedentes de la misma época, que en la opinión de dicho señor pueden ser motivo de responsabilidades contra altos funcionarios del Estado.»

«Es uno, según espresa el denunciante, el relativo a la entrega de 720,000 rs. a un contratista por haber este dicho que los había gastado en los estudios del ferro-carril del Norte, y el otro al pago de 760,000 reales hecho a un des-

conocido por importe de varios planos de rios, canales y puertos, que había entregado en la dirección de obras públicas; y cuyo pago se determinó por una real orden. La comisión ha creditado sobre esta novedad de que hace mérito en el presente dictamen en razón de haberse traído por escrito, y ha decidido que su deber respecto de ella está reducido a poner el hecho en conocimiento del congreso; y la comunicación del señor Pardo sobre la mesa del mismo. Los señores diputados tendrán así espedito el camino para ejercitar su iniciativa, si lo estiman conveniente; y limita, por lo tanto, su dictamen al expediente concreto que le fué confiado, y a la proposición tomada en consideración por el congreso.»

Es decir, que la comisión califica de grave la denuncia de un don Julián Pardo, sin haber examinado, ni aun pedido, dato ni documento ninguno para afirmar lo que dice. Yo pregunto a los señores de la comisión, si no han comprendido el efecto horrible de sus palabras, pues nadie puede decir que un hecho es grave o leve sin conocerle. Así es que el dictamen de la comisión ha hecho mas efecto por este párrafo que por todos los demas.

Hay mas: suponiendo ya delito, dice la comisión que el senado se ocupará de él. Y, ¿no es una ingerencia voluntaria y gratuita la de una comisión en asuntos en que no está llamada a conocer?

He demostrado que se ha faltado al reglamento, y que se ha mezclado la comisión en asuntos que no le corresponden. Mas por lo mismo que soy el único ministro cuya administración ha sido analizada minuciosamente, me interesa esclarecer los hechos; y si los hechos de todos los ministros fuesen analizados punto por punto, hora por hora, después de una revolución que no quiera recordar, en que individuos de juntas revolucionarias se apoderaron de los papeles; después de haber venido delatores a acriminarlos; después de haber sido vendidos hasta por sus amigos, ¿quién podría levantar su frente erguida y exenta de acusación de ilegalidad e informalidad, en este país de las ilegalidades y de las informalidades.

Señores, si yo hubiera tenido parte en ese miserable asunto, ¿es posible que creáis que hubiera cometido una serie de desatíos semejantes? Y, señores, si tal hubiera hecho, me moriría de vergüenza, por torpe mas que por criminal.

Pues bien; dando la comisión carácter de gravedad a una delación sin pruebas, cosa que no hubiera hecho el último promotor fiscal, tenemos denunciados dos expedientes mas. Señores, un ministro que ha despachado tantos expedientes ¿cómo puede responder si ha dado 700,000 reales a un desconocido? Yo pregunto al señor ministro de Fomento, si alguna vez ha examinado los documentos en virtud de los cuales manda pagar; si mañana le dijeran que había mandado pagar a un desconocido 700,000 reales, se quedaría como me he quedado yo.

Yo me decía: ¿con que no es ya uno, sino dos y tres expedientes! No tenía medio humano de poder averiguar la verdad. He procurado preguntar, aunque no de manera que pudiera comprometer el secreto de los empleados. Nadie me ha dado razón de ese expediente: todos me aseguran que en mi tiempo no se ha pagado ningún libramiento de 700,000 reales por razón de planos. Yo ruego al señor ministro de Fomento que traiga ese expediente si le hay. El día 29 de diciembre de 1858 se denunciaron a un tiempo al señor ministro de Fomento los tres expedientes. El señor ministro naturalmente habrá tomado las medidas necesarias para el esclarecimiento de los hechos. Solo su señoría puede saberlo; pero todo me hace creer que ese negocio no tiene ninguna importancia.

El otro expediente se refiere a un pago que se dice que mandé hacer por planos para el ferro-carril del Norte. Todo el mundo sabe que habiendo hecho gastos el primer concesionario, acreditó el importe de esos gastos y como era necesario indemnizarle fué indemnizado.

No quisiera haberme dejado ningún género de cargo a que contestar. He procurado defenderme de todos los pormenores de este negocio, antes de entrar en el hecho concreto, aislado de los cargos de piedra; hecho que es delito común, un delito de falsificación de que hay cien ejem-

plares, y que han debido ir a los tribunales.

Véase cómo de las confesiones que se han escapado a la comisión, se prueba que yo no he tenido el menor conocimiento de este negocio.

La comisión da grande importancia a que falta la rúbrica del director en ese traslado; y estraña la tenacidad con que se repite esta circunstancia. Voy a dar no una, sino cuatro contestaciones a la comisión. El director de obras públicas no tenía rúbrica; el director de contabilidad no repara en esa informalidad por lo que respecta a los traslados: últimamente, ¿qué significa la rúbrica en una real orden original? Que está conforme aquella real orden con la minuta del negociado. Pues bien: la rúbrica en un traslado significa que ese traslado está conforme con el original; y no habiendo rúbrica en ese traslado, no hay tal conformidad. Si a eso añadimos que la fecha está falsificada, tendremos que la sorpresa aparece con todos los visos de evidencia.

Vengamos a otro punto. Se cree que yo he dictado esa real orden *ex cathedra*, como se suele decir; que yo he entrado un día en el ministerio y he mandado hacer toda esa serie de disparates que aparecen en el expediente. Pero el dictamen mismo de la comisión se encarga de contestar por mí. Dice: *la real orden que dictó el ministro*. ¿Dónde están las pruebas de que yo la dicté, si no parece el original en ninguna parte? Se dirá: no aparece registro donde se halla anotada; Y, ¿soy yo el responsable de que no haya ese registro? No; y, ¿qué resulta de ese expediente? Que había un director que ha podido hacer eso. Si, por ejemplo, el señor Uria quisiera abusar de la confianza del señor marqués de Corvera, ¿no podría hacerlo dejándole mucho mas en descubierto que yo he quedado?

Entonces, ¿por dónde decís que yo he dictado esa real orden, si no tenéis ninguna prueba?

Pero si hay una porción de datos por los cuales se viene en conocimiento de que ha habido expediente, entonces la mas trivial responsabilidad desaparece; y hay un expediente de contabilidad en que están los traslados de muchos documentos; por consiguiente, deben existir los originales como declara la misma comisión.

Pero comete la comisión una gran inexactitud al decir que el señor Mora me había comunicado haberse realizado el expediente. ¿Dónde me ha dirigido el señor Mora semejante comunicación? Yo lo niego; este es un hecho inexacto, y como no puede resultar de él ninguna comprobación, me estraña que la comisión haya fundado en él ningún argumento.

Pero si este hecho constara, entonces habría una contradicción en la comisión, porque entonces habría expediente, y eso lo niega el preámbulo del dictamen. No consta, pues, que me hayan dado parte de esa contraria; y porque el director la hiciera, ¿se puede exigir responsabilidad al ministro? Este es, señores, de todos los puntos del dictamen de la comisión el que mas me ha sorprendido, porque lo único que existe es el traslado a la contabilidad dado por el director de obras públicas, y este lo dió en uso de sus atribuciones, sin que el ministro pudiera ser responsable por este hecho, sino en todo caso, el director de contabilidad, que dió el libramiento de pago cuando no se habían llenado todas las formalidades legales. En cuanto a mí, nadie me hizo advertencia ninguna, y solo en este caso pudiera exigirse verdaderamente responsabilidad.

Se dice que se hizo en pública licitación, faltando a una porción de artículos de leyes, decretos y reglamentos; y la comisión, en su intento de citar artículos, ha traído una serie larguísima de ellos, sin duda, que una porción eran tan incongruentes como los dos que voy a tomarme la libertad de citar a los señores diputados. El 162 de la ley de obras públicas se ocupa de la división de estas: el 177 de la misma de lo que ha de representarse en los planos de las líneas de caminos. ¿Qué relación pueden, pues, tener estos artículos con la cuestión de que hoy se ocupa el Congreso? Yo concedo que hubo una informalidad, la no intervención de un ingeniero; pero aunque esta hubiera sido conveniente, ¿dónde está dispuesto que la haya? Y, ¿acaso no hubiera podido cometerse el fraude, caso de que se cometiera, habiéndose cumplido la formalidad de la pública licitación? Pues nada hubiera sido mas fácil estando de acuerdo

PRESIDENCIA DEL SEÑOR LAFUENTE,
VICE-PRESIDENTE.

Abierta á las tres menos cuarto, se leyó el acta de la anterior y quedó aprobada en votación nominal por 127 votos.

El congreso quedó enterado de la siguiente comunicación:

«Ministerio de la Gobernación del reino.—Excmos. señores.—El gobernador de la provincia de Madrid me dice con esta fecha lo siguiente:

«Excmo. Sr.: Tengo el honor de participar á V. E. queda cumplimentada la orden que se sirvió comunicarme verbalmente esta noche, referente á la detención del Excmo. señor don Agustín Estéban Collantes, ex-ministro de Fomento, y don Ildefonso de Laque, no habiéndolo verificado respecto á don Juan Bautista Beratarrechea, por no haberle encontrado todavía a pesar de las diligencias en su busca practicadas. En atención á la categoría y circunstancias del primero, he creído debía tener lugar su detención, ínterin otra cosa se resuelve, en mis habilitaciones del gobierno civil, adoptando las disposiciones oportunas para la custodia del detenido con los miramientos debidos á su posición social. El segundo he acordado permanezca en la cárcel pública á mi disposición.

»Lo que por acuerdo del Consejo de ministros traslado á V. EE. para conocimiento del Congreso.

»Dícs guarde á V. EE. muchos años. Madrid 12 de abril de 1859.—José de Posada Herrera.—Señores secretarios del Congreso.»

Se anunció que el señor Elduayen no podía asistir á la sesión por hallarse enfermo.

Se concedió á los señores Barbadillo y Caro la licencia que solicitaban para ausentarse.

ORDEN DEL DIA.

Actas de Castrojeriz.

Anunciada la continuación de este debate, dijo El Sr. BELDA: Viendo que toda cuestión que se dilata es una cuestión de estatua, porque no se diga que vamos á levantar una al señor Santana, renuncio la palabra.

Puesto el dictamen de la comisión á votación nominal, pedida por suficiente número, quedó aprobado por 74 votos contra 34.

Llamamiento de 25.000 hombres al servicio de las armas.

Leído el dictamen de la comisión sobre este proyecto, dijo.

El Sr. SAGASTA: Desearía saber qué razón hay para que no se haya discutido el dictamen sobre la dependencia que deben tener las escuelas especiales, dictamen que hace tanto tiempo está al orden del día.

El Sr. PRESIDENTE: El motivo es haber otros asuntos mas urgentes, y el haber manifestado el ministro de Fomento que deseaba asistir á esta discusión.

El Sr. SAGASTA: Conste que ese proyecto hace cuarenta y tantos días que está al orden del día, y que la mesa le ha tenido postergado, cuando proyectos que se han presentado despues se han despachado ya.

El Sr. presidente del CONSEJO DE MINISTROS: El gobierno ha rogado á la mesa que ponga á discusión este proyecto, porque es urgente, si se ha de completar el ejército como debe hacerse en cumplimiento de la ley y como es necesario que se haga en el estado actual de Europa.

El Sr. SAGASTA: Yo no he hablado por hoy, sino por lo que ha pasado en estos cuarenta y tantos días.

El señor Peris Valero impugnó el dictamen en breves palabras.

El señor Gomez le contestó y rectificó el anterior.

El señor Sanchez Silva hizo algunas observaciones sobre los fueros de las provincias Vascongadas en esta cuestión.

Se suspendió esta discusión.

El ministro de Fomento leyó un proyecto de concesión de un ferro-carril.

El señor Galvez cañero, como de la comisión, contestó al señor Sanchez Silva.

El Sr. Lassala pidió la palabra para alusiones personales.

El señor Ortiz de Zarate la pidió para defender al país vascongado.

El señor Pelanco la pidió igualmente en pro del dictamen.

El señor Sanchez Silva rectificó.

El señor Lassala usó de la palabra para defender á las diputadas vascongadas, sintiendo que el señor Sanchez Silva hubiera promovido esta cuestión, y añadiendo que las provincias Vascongadas no han escatimado nunca sus recursos para defender al país.

El señor Ortiz de Zarate siguió las huellas del anterior.

El señor Sanchez Silva volvió á rectificar.

El señor Calvo Asensio combatió el dictamen.

El presidente del Consejo de ministros contestó al señor Calvo.

El señor Calvo Asensio rectificó.

El señor Pelanco habló brevemente en pro del dictamen.

Suspendida la discusión, se leyó y quedó so-

el director de obras públicas con el contratista, porque está hubiera podido hacer las proposiciones mas bajas, toda vez que no había de llenar el servicio.

No creo haber hecho ninguna omisión respecto á los cargos que se refieren al supuesto delito, y voy á ocuparme ahora de consideraciones de otro género, es decir, de la legalidad. ¿En qué país se habla de legalidad, señores? En un país donde nunca se ha respetado esta. Yo me alegraría de que se comprendiera esa marcha empezando por condenarme á mí por haber cometido algunas ligeras omisiones, si no se interesara en ello mi honra; pero condenar por leves faltas respecto de algunos artículos de reales decretos ó de reglamentos secundarios en un país donde toda la administración se hace de real orden, todo el sistema tributario se hace de real orden, todo el sistema que se sigue.

El Sr. PRESIDENTE: Señor Estéban Collantes, V. S. no puede continuar en ese sentido, porque no ha venido aquí á hacer apreciaciones en política, sino á defenderse; esto ya vé su señoría con cuánta latitud se le ha permitido hacerlo.

El Sr. ESTEBAN COLLANTES: No diré una palabra mas en este asunto, señor presidente, pues había procurado separarme lo posible de la política.

Se han citado, señores, muchos expedientes en que había informalidades, y en todos ha habido alguna corporación ó dependencia del Estado que ha opinado en contra de ellas. Aquí, la única que ha tomado parte, el tribunal mayor de Cuentas, ha opinado en pró; lo único, pues, que pido, es justicia: creo que es una excepción perjudicial la de ser juzgado por los que pueden ser enemigos políticos míos, y deseando que antes entiendan en este asunto los tribunales ordinarios, ruego á los señores diputados se sirvan desechar el dictamen de la comisión.

El Sr. ELDUAYEN: Señores, si en alguna ocasión me he alegrado de carecer de dotes oratorias, es seguramente en la presente, en la que deseo que solo la luz de la verdad sea la que respaldanza en las palabras que dirigirá al Congreso.

No seguiré yo al señor Estéban Collantes en todos los puntos de su discurso, pero sí llamaré la atención del Congreso sobre dos muy notables: que la real orden se espidió sin que su señoría fuera sorprendido, pues se ocupa de ella hasta en actos posteriores: que el delito reconoce que se ha cometido, y sin embargo no indica quiénes puedan ser los culpables. (El señor Estéban Collantes: Eso corresponde á los tribunales.)

No me haré yo cargo de si el señor Estéban Collantes ha sido ó no perseguido y calumniado, ni de si siempre le han abusado los tribunales, y me ocuparé solamente de la parte del discurso de su señoría que se roza con la administración.

El señor Estéban Collantes, señores, ha reconocido que la real orden que encabeza este expediente, estaba dictada... (El señor Estéban Collantes.—No: eso no). Pues bien, suscribió por él. Fácil es probar que también fué dictada por su señoría, porque solo había tres personas interesadas en ella. El director de obras públicas, Luque y Beratarrechea; del primero dice su señoría que no le ha sorprendido; los otros dos no eran personas que pudieran hacer que esa real orden se dictara, porque ni eran funcionarios públicos, ni tenían medios de conseguirlo. No pudo, pues, la real orden tener otro origen que su señoría.

Además, ¿procedía el señor Estéban Collantes del mismo modo que en este, en los demás expedientes de igual género? No: en otros decretaba los servicios públicos, por peticiones de las provincias, por alguna causa justificada; pero en este, él mismo conoció la necesidad de reparar las carreteras próximas á Madrid: el número de cargos de piedra necesarios para el objeto, su valor, y en fin, una porción de detalles que no era fácil conociera una persona que firmaba siempre con tanta prisa como nos ha dicho que lo hacía su señoría.

¿Cómo, pues, encargó su señoría al señor Mora particularmente una cosa que debiera haber encargado á la dirección de obras públicas? Solo podía hacerse con un objeto; y eso no podría cumplirse si se hubieran llenado las formalidades que la ley exige, porque en ese caso, hubieran tenido noticia de ello una porción de personas que, interviniéndose unas á otras, hubieran hecho imposible que el servicio dejara de llenarse, y en este caso hubiera debido también resultar ese expediente en los índices y los registros, y no resulta, porque no le hay; solo existe el expediente de contabilidad, y á él es al que se refiere la comisión.

Pero el señor Collantes, para defenderse, acriminaba al señor Andriani. Señores, este es el único funcionario que tiene una defensa justa, puesto que se apoya, para eludir su responsabilidad, en que había visto una real orden de pago, y en que, según la ley de contabilidad, no necesitaba oír mas.

Que el tribunal de cuentas ha aprobado las de ese año. El tribunal no ha podido hacer otra cosa, porque el expediente de contabilidad estaba en regla para ese cuerpo; pero si de esto hubiera de sacarse una prueba en favor del señor Collantes, esa misma prueba podría aducir el señor Mora y todos los demás interesados, y en último resultado se obtendría que se había perpetrado un delito, que se había defraudado al Estado en 965.000 reales, y que no había ningún delincuente, que nadie era responsable de él.

Señores, no voy á contestar mas latamente al discurso del señor Estéban Collantes, porque en todo caso ya lo harán individuos mas autorizados que yo. Creo que está demostrado que la comisión, al extender su dictamen, no ha hecho mas que cumplir estrictamente con su deber, y en este concepto ruego al Congreso se sirva aprobarle.

El Sr. ESTEBAN COLLANTES: No me propongo abusar mucho tiempo de la benevolencia del Congreso, ni reforzar mis argumentos, que no ha combatido el señor Elduayen.

Pero dice su señoría que por qué he defendido al señor Mora é inculpado al señor Andriani: ni una cosa ni otra: yo he venido aquí á defenderme, no á acusar á nadie; lo único que yo he dicho es, que el director de contabilidad de un ministerio tenía obligación de avisar al ministro si los expedientes no iban en regla.

Además, ¿quién ha dicho que yo me pudo sorprender el señor Mora? ¿No hay prueba de que he sido sorprendido en esa misma fecha de la real orden, que manifiesta haber sido falsificada?

Yo vuelvo, pues, á rogar al Congreso que examine esta cuestión, que vea que no habría ningún fiscal capaz de acusarme con las pruebas que del expediente resultan, y que á fin de no esponerse á hacer lo que ningún fiscal haría por creerlo injusto, se sirva desechar el dictamen.

El Sr. GOICOERROTEA (don Francisco): Por las palabras diré, señores, y eso para defender á la comisión, cuya honra también está interesada, y que solo ha emitido su dictamen por un sentimiento de amor á la justicia.

Lo primero que medité la comisión, fué que una acusación de esta especie era, si bien menos que una condenación, mas que una acusación ordinaria, y como esta circunstancia agravaba la cuestión, la comisión, ha oído, con la mayor imparcialidad á cuantas personas podían esclarecer esta cuestión, y ha emitido su dictamen persuadida hasta la evidencia de que era el único que podía dar.

El delito, de que se trata no ha podido cometerse mas que por una de dos personas; ó por el señor Estéban Collantes, ó por el señor Mora: si es el último, ¿cómo no le acusa su señoría? Cuando se trata de la honra de una persona, no debe esta tener esa generosidad. Yo, que la concebí aun tratándose de la vida, no creo que puede existir cuando por ella puede padecer la honra.

También prueba algo contra su señoría la repetición de órdenes, suyas que hay en el expediente, porque no solo fué el señor Estéban Collantes causa del fraude, como el que abre por casualidad la puerta de una casa y entra en ella los ladrones, sino que aquí se puede decir que se les acompañó á la sala y á la alcoba, y á todas partes se fué con ellos.

Por último, agravan este asunto el nombramiento del señor Beratarrechea para administrador del canal, faltando á la ley, la falta de nota de ese expediente en los índices y la misma fecha, que, caso de no probar otra cosa probaría que la real orden se firmó con ella en blanco, circunstancia que así como la de estar escrita la cantidad con guarismos en vez de letras, demuestra que no es, que no puedo ser sorprendido con ella el ministro.

Por estas razones, yo, que he buscado el medio de firmar un dictamen de «no há lugar á la acusación», no he podido hacerlo, y me he visto precisado á firmar el de «há lugar», persuadido de que el mayor amigo del señor Estéban Collantes no hubiera podido hacer otra cosa. Sin embargo, no concluiré yo, como el señor Elduayen, diciendo que se apruebe; si el Congreso lo desecha, creeré que nos habíamos equivocado, y mi corazón quedará tan contento, como tranquila en este instante mi conciencia.

El Sr. ESTEBAN COLLANTES: Nada de extraño tiene, que el ministro de aquella época nombrara administrador del canal al señor Beratarrechea, cuando sabiendo sus íntimas relaciones con el señor Mora, no tenía noticia ninguna de la culpabilidad que pudiera resultarle de ese expediente. Claro es, pues, que había de conformarme con la propuesta del director, á la cual no se oponía ninguna ley.

No habiendo ningún diputado que pidiera la palabra en contra, se leyeron los artículos del reglamento relativos á las votaciones por bolas.

Procediéndose en seguida á la votación, dijo

El Sr. SECRETARIO (Goicoerrotea): Mitad mas uno del total de señores diputados, ó sea el número suficiente para votar leyes. 175

Han tomado parte en este votación. 244

Mitad mas uno de los que han votado. 123

Bulas blancas. 178

Bulas Negras. 68

Queda aprobado el dictamen de la comisión.

El congreso acordó reunirse en secciones al día siguiente despues de la sesión.

El Sr. PRESIDENTE: Orden del día para mañana: los asuntos pendientes.

Se levanta la sesión.

Eran las ocho menos cuarto.

bre la mesa el dictamen de la comisión aprobando el acta de Gaudin, y el presidente, señalando para la orden del día los asuntos pendientes, levantó la sesión á las seis, para que se reunieran las secciones, según acuerdo del día anterior.

REVISTA QUINCENAL.

POLÍTICA ESTRANGERA.—PRIMERA QUINCENA DE MAYO DE 1859.

Principio de la campaña de Italia: posición del ejército austriaco.—Neutralidad de Prusia y de Inglaterra.—Peligros de la guerra de Italia.—Deberes de la política francesa.

La campaña se inaugura bajo felices auspicios para el ejército francés. Se creyó, cuando el Austria envió al Piamonte su fatal ultimatum, que las operaciones del ejército austriaco concentrado en Pavía sucederían inmediatamente al reto diplomático, y que las tropas francesas no podrían llegar á tiempo para salvar al Piamonte de un desastre, y había igualmente motivo para recelar que el ejército austriaco tomase sus posiciones de tal modo que impidieran ó contrariaran la reunión de las tropas que llegaban por Suiza y las que desembarcaban por Genova: esto es, se temió que el Austria hubiese tomado la iniciativa de una vigorosa agresión militar. Pero estos temores no se han realizado; ya por la incertidumbre que ultimamente ha manifestado la corte de Viena, ya por la lentitud proverbial de los ejércitos austriacos, ya en fin, por los obstáculos propios de la estación, el ejército austriaco no ha pasado de la llanura limitada casi paralelamente por el Tesino y el Sesia y cerada al Mediodía por el Po, y aunque trató de maniobrar en la ribera derecha de este rio, estendiéndose mas allá del Sesia, se ha replegado contentándose con la ventaja poco gloriosa de subsistir algunos días á espensas del enemigo, y parece que espera en actitud defensiva el ataque de los franceses y piamonteses.

Los franceses, concentrados en Alejandria, esperan el emperador para tomar la ofensiva, y se dice que el día 15 decidirá un consejo de guerra el plan de las operaciones.

No creemos que sea temerario pensar que los austriacos se replegarán muy pronto hacia la Lombardia, y á juzgar por lo que permite adivinar la circunspección de su táctica, no es probable que acepten una batalla decisiva en el territorio piamontés. No menos imprudencia seria para ellos el librar una batalla semejante entre el Tesino y Milan, porque una derrota á tan inmensa distancia de sus fortalezas del Mincio y del Adige acarrearía tal vez la destrucción de su ejército. Es por lo tanto verosímil que se retirarán combatiendo pero eludiendo batallas decisivas hasta su famoso cuadrilátero de Peschiera, Mantua, Verona y Legnago, donde se resolverá la suerte de la guerra, pero en tal caso, el ejército aliado habrá entrado en Milan, y los pueblos lombardos habrán podido alzarse por su propia causa y demostrar al mundo sus títulos á la independencia con la unanimidad de sus manifestaciones.

La cuestión de las neutralidades se presenta bajo un aspecto mas favorable de lo que podía esperarse para la causa italiana. La neutralidad de Inglaterra es la mas importante, y esta nación acaba de proclamar á su modo con manifestaciones populares en las elecciones, con la voz de la opinión pública en sus periódicos y con el órgano de sus representantes y sus hombres de Estado en los *hustings*.

La neutralidad de Inglaterra durante la guerra que Francia y Austria han acometido es el voto sincero y la declaración unánime de la nación inglesa. El pueblo británico es el único en Europa que sabe darse una cuenta exacta, precisa y práctica de lo que es la guerra, y cuando se ve obligado á ella por necesidad, la hace con mas vigor tal vez y perseverancia que ninguna otra nación, pero conoce tan á fondo sus sufrimientos, su precio, y en mas de un